

PASANDO REVISTA



De la literatura y el psicoanálisis y aun de la vida diaria nos llegan suficientes ejemplos de cómo los seres humanos usan el olvido para mitigar el dolor. Pero no solo se trata de situaciones personales, hace casi dos décadas el autor checo Milan Kundera publicaba una novela notable titulada "El libro de la risa y el olvido", donde aludía al olvido colectivo de sus compatriotas para poder lidiar con más facilidad con los horrores de la dictadura totalitaria que soportaban. En el mismo sentido, hace pocos meses, el sociólogo chileno Tomás Moulian publicó un libro: "El Chile Actual: anatomía de un mito", donde usa la misma metáfora del olvido para explicarnos el complejo fenómeno de persistencia del proyecto autoritario militar en las nuevas condiciones de democracia, ciertamente restringida, que vive el hermano país del sur. La gente prefiere olvidar, aunque sea inconscientemente, para poder seguir viviendo, para hacer soportable la ya de por sí difícil vida cotidiana. Más dramático todavía, los pueblos prefieren olvidar para conservar ilusiones colectivas que sigan dando sentido a la comunidad humana a la que pertenecen.

Por eso en las últimas dos semanas cuando el renombrado escritor nacional Mario Vargas Llosa nos recordó que vivimos "una dictadura solapada" y que Fujimori es el "fantoche civil" de los militares sus declaraciones generaron reacciones negativas de los más diversos sectores. Los gobiernistas, como era obvio, desfilaron desmintiéndolo. Sorprendió nomás la importancia que le dio la cúpula gobernante, motivando comentarios del propio Fujimori y hasta del general que, una vez más, se supone que debería callarse en estos temas. Pero lo curioso es que también lo criticaron, o al menos disminuyeron la importancia de sus declaraciones, sectores de oposición. En algunos se entiende, por tratarse de gente que aceptó las reglas instituidas el cinco de abril de 1992 y desarrolla su actividad bajo esta premisa, pero en otros que se precian de su radicalismo frente al régimen sorprende que les resten importancia a las de-

claraciones del escritor. La explicación más sencilla es la mezquindad, tan propia —desafortunadamente— de la política y de los políticos, pero en este caso parece una explicación muy sencilla. ¿Tan solo se trata de mezquindad? No lo creo, más parece la necesidad que todos tenemos de olvidar la difícil situación política en que vivimos.

Hace pocos meses, entre junio y julio, con motivo de la destitución arbitraria de los miembros del Tribunal Constitucional y las consecuentes movilizaciones de estudiantes y trabajadores, se volvió moneda corriente entre la mayoría de la clase política y los líderes de opinión señalar que el gobierno era una dictadura. El argumento clave en esa oportunidad era que la destitución señalada terminaba con el Estado de Derecho y no se concebía democracia al margen del imperio de la ley. Sin citar ningún otro hecho o argumento, que creo abundan entre el cinco de abril y el presente, deberíamos preguntarnos ¿ha cambiado esta situación?, ¿han vuelto los señores del Tribunal Constitucional?, ¿se ha



La DICTADURA y el OLVIDO

■ "La lucha del hombre contra el poder es la lucha de la memoria contra el olvido" Milan Kundera.

desarrollado algún súbito entusiasmo por la legalidad en el actual gobierno? Todas las respuestas son negativas para cualquier individuo medianamente imparcial. Aquí no existen otras leyes que no sean las decisiones de Fujimori, Hernoza y Montesinos. Entonces, ¿qué hecho concreto de la realidad nos puede hacer pensar que no vivimos un gobierno autocrático?

El argumento central de los olvidadizos es que la sola existencia de cierta libertad de expresión desmiente la calificación de este gobierno como dictadura. Pues bien, habría que decirles a ellos que no todas las dictaduras son iguales, ni todas desarrollan el mismo nivel de represión contra los ciudadanos. Por ejemplo, el caso extremo de dictadura y que muchos confunden con el modelo de la misma, es la dictadura totalitaria, que según la filósofa Hanah Arendt suponía

el control no solo de la vida pública sino también de la vida privada de la gente. El ejemplo histórico de este tipo de dictaduras fueron los regímenes stalinistas y fascistas. Nadie ha señalado que el régimen actual sea una dictadura totalitaria. Por ello, ¿cuál es el elemento que define la existencia de una dictadura? Como señalábamos líneas arriba, la ausencia de la ley, sin gobierno que se rija por la ley no puede haber democracia y solo queda la dictadura.

Es más, el imperio de la ley

surge de un acuerdo entre el conjunto de actores políticos en torno a las reglas que deben normar la vida pública. En el Perú ese acuerdo dejó de existir con el golpe del cinco de abril de 1992 y luego no ha podido ser reestablecido. Las elecciones al CCD se convocaron sin cumplir con el acuerdo de las Bahamas, el Referéndum de 1993 —más allá de las sospechas de fraude— dividió al país antes de juntarlo y el intento reeleccionista en curso ha empeorado la situación. Habría que ser mago

para encontrar democracia en todo este proceso.

Pero este olvido no es solo actitud espontánea. Habría que remontarnos a nuestros textos escolares que rara vez discriminan entre presidentes elegidos y dictadores, prefiriendo destacar la obra física de los gobiernos antes que el origen de su poder y la conducta que observaron frente a los ciudadanos. Elementos como éste indudablemente ayudan a la construcción de verdaderas fábricas de olvido y en este rubro el gobierno

fujimorista destaca nitidamente sobre sus predecesores. El desarrollo de grandes servicios de inteligencia con miles de agentes a su servicio, que en un principio se justificaron para combatir al terrorismo pero que hoy quedan inútiles como las obras faraónicas de los antiguos gobiernos estatistas, se dedican a convencer a los ciudadanos —y acallar a los disidentes— señalando que vivimos el mejor de los mundos y que para garantizar este supuesto bienestar en el tiempo debemos reelegir eternamente a Fujimori.

Las declaraciones de Vargas Llosa caen en este desesperado afán por olvidar. Quizás él está menos contagiado por vivir en el extranjero, justamente uno de los argumentos que sus detractores usan para refutarlo. ¿Le podemos pedir más al afamado novelista? No me parece lo más sensato. Podremos discrepar de sus ideas económicas, de su desprecio por los nacionalismos, de su lectura de nuestra historia reciente, pero no podemos negar que es un factor importante en el combate al olvido en el que este país suele sumirse apenas pasan las luces de los acontecimientos que nos recuerden la dictadura y caen las sombras de la inevitable cotidianidad.

Un elemento fundamental para revertir esta situación y transitar el difícil camino del olvido a la memoria es la unidad de la oposición. Sin ella, el régimen seguirá haciendo de las suyas. Por eso la importancia de la apelación de Vargas Llosa. El seguramente jugará sus cartas, como todo político o ex político, en un sentido y no en otro. Corresponde ahora que otros líderes de oposición, o nuevos líderes de oposición si los actuales no pueden, tengan el coraje de dejar de vivir protegidos por el olvido y de pongan sectarismos que permitan empezar a pensar que se puede terminar con este gobierno autoritario.

Quizás por ello no fue arbitraria la asistencia de Vargas Llosa a la recepción que ofreció "La República" con motivo del 16 aniversario de su fundación. Porque este diario, tal como el novelista, es también una fábrica de memoria.

—Nicolás Lynch